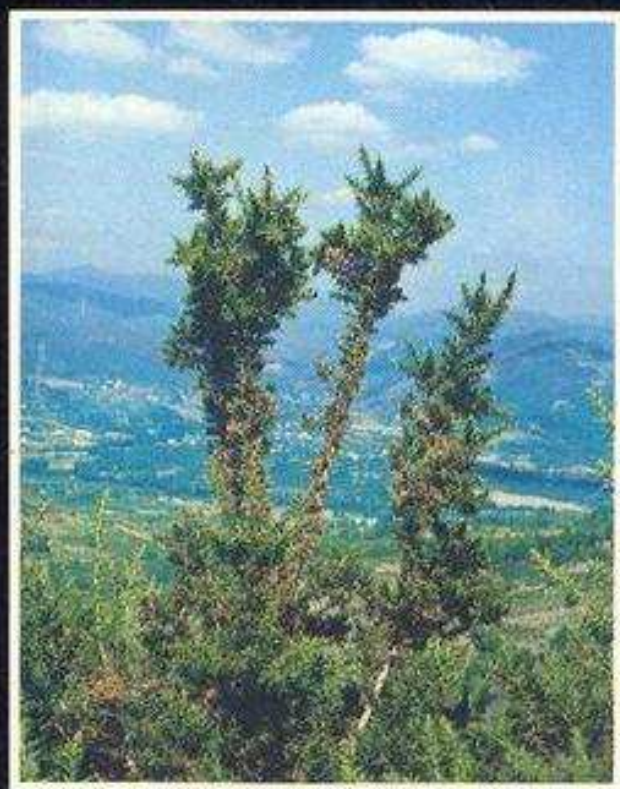


88 gallegos

una tierra
a través de sus gentes

II



Olegario Sotelo Blanco

Olegario Sotelo Blanco

88 gallegos
una tierra
a través de sus gentes

II

Prólogo de
Juan Rof Carballo

© Olegario Sotelo Blanco
Sotelo Blanco Ediciones, 1983
Amílcar, 172. Barcelona-32

ISBN: 84-86021-07-3 (obra completa)
ISBN: 84-86021-09-X (tomo II)
Depósito legal: B-18.952-1983

Impreso en España
Tecnograf, S.A. - Barcelona



EDICIONES

1983

Manuel Rodríguez López



Sobre la autogestión, y hasta en la misma significación del concepto, ha habido mil interpretaciones distintas. El propio cooperativismo, en cualquiera de sus formas, lleva al menos cien años trayendo de cabeza a teóricos y a los propios trabajadores. De un modo u otro, para mí, la realidad al respecto, hoy y aquí, está muy clara: en un sistema económico basado exclusivamente en la iniciativa privada, la puesta en práctica de cualquiera de las formas de cogestión o cooperativismo ha de representar, por fuerza, una isla en el océano. Es decir, que a pesar del esfuerzo de los trabajadores, y salvo muy contadas excepciones, la fórmula está ya *a priori* casi condenada al fracaso.

Con todo, en un momento como el actual, cuando el paro empieza a sobrepasar los límites soportables hasta para el más paciente de los integrantes del mundo del trabajo, cualquier solución que tenga el menor viso de viabilidad, ha de aceptarse —a la fuerza ahorcan— como mal menor. Y, en efecto, en estos últimos años el número de cooperativas ha crecido. Pero también, y sobre todo en las zonas industriales, ha tomado cuerpo rápidamente y sigue creciendo una nueva variante de esa fórmula: las sociedades anónimas laborales. Se diferencian las SAL de las cooperativas de uno u otro signo en que, mientras que en éstas el ciento por ciento de las acciones está obligadamente en manos de los socios, en aquéllas es suficiente con que los trabajadores sean propietarios del cincuenta por ciento del capital social.

Ocurre, sin embargo, que las empresas de las que los trabajadores se hacen cargo están, casi en su totalidad, en una situación económico-financiera que sólo cabe calificar de imposible (y buena prueba de ello es que en muy pocos casos el antiguo propietario conserva alguna participación en estas nuevas sociedades). Con lo cual, después de un período de ímprobos esfuerzos por parte de los nuevos responsables, esa situación acaba desembocando en un caos sin salida alguna. ¿Y a quién culpar de los problemas, de la mala gestión, del fracaso en suma? He ahí la trampa.

De cualquier modo, tanto ésta como otras fórmulas cooperativistas no son malas en sí, e incluso en los momentos como el actual podrían representar una solución coyuntural oportuna, sólo que sería absolutamente necesaria una legislación mucho más adecuada y un mayor apoyo, en todos los sentidos, por parte de la Administración.

MANUEL RODRÍGUEZ LÓPEZ, mi interlocutor, trabaja en una de esas sociedades anónimas laborales. Cuatro años ya dura la experiencia. Y evidentemente él conoce los problemas, y también las posibilidades, que una fórmula de este tipo conlleva.

MANUEL RODRÍGUEZ LÓPEZ nació en San Miguel de Paradela, aldea del lucense municipio de Sarria, en diciembre de 1934. Recién cumplidos los seis años, su familia se trasladó a Barcelona, ciudad donde ya el pequeño MANOLO hizo sus primeras letras. En el Seminario Diocesano estudió Humanidades y Filosofía. Posteriormente se diplomó en Contabilidad y Técnicas Empresariales en la especialidad de Legislación Laboral y Seguridad Social. Trabaja en la actualidad como jefe-administrativo del Departamento de Personal en una industria siderometalúrgica. Está casado y es padre de dos hijos.

Hombre de profunda vocación literaria, ha compartido siempre su actividad laboral con las colaboraciones periodísticas y la materialización

de sus afanes como autor, tanto en el campo de la poesía como en la narrativa.

Ha publicado numerosos artículos y reportajes en *El Progreso* de Lugo y *El Ideal Gallego* de La Coruña, colaborando también, esporádicamente, en *Faro de Vigo*, *Diario de Pontevedra* y *La Voz de Galicia*, así como en *Correo de Galicia*, *Nós* y *Alborada* de Buenos Aires. En la actualidad, es cronista oficial del Centro Gallego de Barcelona (lleva muchos años aportando su pluma a la revista *Alborada* y a los distintos boletines del Centro) y corresponsal en esta misma ciudad de *El Ideal Gallego* y de Radio Popular de Lugo.

Tiene publicados los siguientes libros: *Poemas populares galegos* (1968); *Saudade no bulleiro* (1970); *Soldada mínima* (1979); *Reencontro coa aldea* (1983); *Galegos en Catalunya* (1983). En colaboración: *Homenaxe ó Che* (La Habana); *A nosa terra* (en *Libro de Oro*, en el centenario de Ramón Cabanillas); *Homenaxe plurinacional a Castelao*, y *Galicia no ano 1979* (Vigo).

Cuenta con buen número de premios; por ejemplo: Primer Premio «Meigas e Trasgos», de Sarria, por el poema «Ti es Eterno» (1976); Primer Premio del Ayuntamiento de Villalba, al poema «A Emigrante» (1977); Segundo Premio «Meigas e Trasgos» —prosa— por el cuento «A Meiguiña Meiga...» (1977); Segundo Premio del Centro Gallego de Vizcaya en Baracaldo —prosa—, por el cuento «Baixa Voluntaria» (1978); Tercer Premio del III Concurso Poético de Begonte, por el poema «Pelengrinos ao Belén de Begonte» (1980); Accésit y Diploma de Honor del Concurso Literario de Gastronomía celebrado en Lugo en mayo de 1980, por el soneto «Gabanza do Porco»; Primer Premio «Nós» —prosa—, de Barcelona, por la pieza teatral «Vivimos unha longa traxedia» (1980); Primer Premio «Meigas e Trasgos», de Sarria, por el poema «Neoplasia» (1980); Placa Homenaje de la Peña Castelldefels (1980); Medalla Conmemorativa del I Festival-Certame de Música Galega de Barcelona (1981); «Vieira de Plata» con motivo del pregón pronunciado en Baralla en el verano del año pasado, y Placa «Agradecimiento por su colaboración» del Día del Mejillón (Barcelona, 1982).

Algunos de sus poemas han sido musicados e interpretados por cantantes gallegos como Suso Vaamonde y Alfredo González Vilela.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, cuya mayor ilusión sería dedicarse a trabajar en exclusiva por la cultura gallega, tiene en la actualidad en distintas fases de preparación varias obras más.

Manolo, ¿cómo te definirías a ti mismo?

Un poeta difícilmente puede hacer autocrítica. Prefiero que sean los

demás quienes me juzguen. Siempre estoy predispuesto a aceptar el buen consejo.

¿Qué te sugiere la palabra emigración?

Abandonar contra la propia voluntad el lugar de origen para resolver la situación económica, la social o ambas a la vez.

Y tú concretamente, ¿por qué saliste de Galicia?

Mi alejamiento de Galicia no fue por motivaciones personales, ya que era un niño. Mis padres, que antes del 36 habían trabajado en la Ciudad Condal, donde se conocieron, al constatar que en la aldea era difícil salir adelante, decidieron afincarse en Barcelona. Ésa es la razón de mi residencia en esta ciudad.

¿Cuáles fueron las mayores dificultades, de integración o de cualquier otro tipo, que tuviste en tu infancia en Barcelona?

Debido, quizás, a mi corta edad —tenía seis años— no encontré más problemas que los propios de la brusquedad que supuso el cambio del ambiente rural por otro completamente extraño. Cuando, sí, me encontré con ciertas dificultades, fue en el Seminario Diocesano, por causa de mi desconocimiento del catalán. Fue entonces cuando, al tiempo que iba integrándome en la cultura catalana, me conciencí de mi condición de gallego y me dediqué con ahínco al estudio de mi lengua nativa y a indagar todo cuanto se relacionase con la idiosincrasia de Galicia.

Dime, ¿cómo se desarrolla la vida de un obrero en una gran fábrica catalana?

Últimamente, con inseguridad. Peligro de pérdida del puesto de trabajo, problemas económicos y sociales... Sin lugar a dudas, una gran mayoría, acostumbrados años atrás a un ritmo de vida consumista —a costa, si tú quieres, de largas jornadas de trabajo—, en la actualidad cada vez se ven obligados a sufrir mayores privaciones, lo cual motiva cierta añoranza del pasado. Es lamentable oír insistentemente tales conclusiones. Hay que convenir, sin embargo, en que un sector de la clase asalariada vive mejor, sobre todo «los empleados de servicios indispensables, que muchas veces —son palabras del sindicalista Francisco Neira León— están convirtiendo sus reivindicaciones en hechos agresivos para otros trabajadores más deprimidos». Está surgiendo una aristocracia del trabajo; pero es una minoría, y la prueba concluyente de que la vida del obrero es más difícil cada día la tenemos en las estadísticas del censo de Barcelona, que, últimamente, contemplan una pérdida de cincuenta mil habitantes.

En la fábrica en que trabajas, tú has conocido la dirección empresarial clásica, es decir, la llevada a cabo por un patrón o empresario único, y

ahora estás viviendo la experiencia de la autogestión: ¿qué diferencias ves entre una y otra? ¿Cuál te parece más positiva?

La experiencia de que me hablas ya dura cerca de cuatro años. En una situación de libre mercado, y sin una legislación apropiada para las denominadas «Sociedades Anónimas Laborales», éstas son inviables. La Caja de Crédito Mutual, una de las canalizadoras de la USAL, ha presentado suspensión de pagos. Es imposible, créeme, que varios centenares de hombres sean capaces de unirse solidariamente, como un todo, para lograr un objetivo industrial. Piensa en la falta de preparación, en las



rencillas personales, en los afanes de protagonismo, en las circunstancias particulares de quienes están respaldados por el pluriempleo, de quienes sólo aspiran a una rentable indemnización, a una jubilación anticipada, a la «invalidez total» o a un carnet de paro, y prefieren que la empresa se hunda... Convendrás conmigo en que sería un milagro avanzar hacia algo positivo. Y si a ello añades, amigo Olegario, que los procesos a seguir y las decisiones todas se toman en asamblea, te darás cuenta de que un centro de trabajo, con estas peculiaridades, degenera en mero *asambleísmo*.

Resumiendo —y contesto la última parte de tu pregunta—, sé que muchos, carentes de experiencias en autogestión, argumentarán demagógicamente en pro de sus excelencias sociales y alegarán en su favor la «explotación empresarial»; pero ten por seguro que el buen productor

prefiere una dirección eficaz, y que su objetivo es trabajar, percibir un salario justo y tener la seguridad de un puesto de trabajo. «¿De qué nos sirve —me decía un compañero— ser accionistas de nuestra empresa si tenemos los bolsillos vacíos?»

A un periodista, un escritor, un poeta, a un «hombre de cultura» como tú, ¿le resulta fácil la convivencia con los compañeros de la fábrica?

Hace unos años, cuando el responsable de la fábrica era un empresario que, ciertamente, imponía disciplina y aplicaba el reglamento de régimen interior, las relaciones con los compañeros, quizá por las aspiraciones lógicas que nos unían, eran cordiales. Ahora, individualmente, siguen siéndolo; pero, por las razones expuestas en la pregunta anterior, no se puede hablar ya de convivencia fraternal, debido a las fricciones y falta de fiabilidad que comporta la autogestión, máxime cuando la crisis de mercado y la competencia son tan acusadas. Quisiera remarcar, amigo Olegario, que mis apreciaciones no van en contra del cooperativismo, siempre y cuando las empresas de este modo organizadas estén constituidas por socios que, voluntariamente, aporten un capital y su trabajo. El caso de las SAL es otro. Éstas están condenadas al fracaso, porque se crearon artificialmente en sectores degradados por la regresión económica.

Volviendo al tema de la emigración, ¿qué tipos de personas componen en tu opinión la colonia gallega de Barcelona?

La mayoría, con trabajo y privaciones, estamos resolviendo los problemas que acabo de citarte. Hay sin embargo otros, muy pocos, que no pueden considerarse emigrantes, ya que ellos vinieron voluntariamente para mejorar su posición económica y social, lo cual es respetable y, en cierta manera, lógico.

¿Estás tú de acuerdo con la afirmación de que los hijos de los emigrantes son una generación perdida para Galicia?

Indudablemente, sí. Sobre todo cuando crecen en una sociedad más desarrollada. Tú sabes —y es triste reconocerlo— que el gallego, desde siglos, arrastra cierto complejo de inferioridad, debido a la marginación impuesta a nuestro país. Ello se subsanará cuando nuestro pueblo tome conciencia de sí mismo y alcance un nivel cultural y técnico comparable al de otros pueblos. Sólo de esta manera terminará la emigración y el problema a que te refieres dejará de existir.

Manolo, ¿hasta qué punto consideras importante la influencia o manipulación de las masas por los medios de comunicación?

Permíteme que te conteste con una frase, que yo comparto, de Víctor F. Freixanes, entresacada de la conferencia que pronunció en nuestro

Centro Gallego sobre tan importante tema: «En TV estamos viviendo —afirmó— una revolución tecnológica que puede dar la puntilla mortal al gallego».

¿Y qué piensas respecto a los medios de comunicación gallegos?

Que están muy lejos de considerarse auténticamente gallegos. Mientras no existan prensa diaria, emisoras de radio y televisión con mayor programación en gallego, no se puede hablar de medios de comunicación gallegos.

Para ti, ¿qué representa el hecho de poder enviar noticias de los gallegos de la diáspora a los medios de comunicación de nuestra tierra?

La satisfacción de comunicarme con mis lectores en nuestro idioma. Agradezco a *El Ideal Gallego* —cuya corresponsalía ostento en Barcelona—, a *El Progreso* y a Julio Giz, de Radio Popular de Lugo, los espacios que me ofrecen para poder informar a nuestros hermanos de Galicia de la labor cultural que los gallegos residentes en Barcelona están realizando lejos de la Tierra. Me estimula el pensar que mis crónicas en gallego puedan cooperar a que los medios de comunicación se decidan a incrementar el empleo de nuestra lengua.

¿Qué opinas del bilingüismo?

Es un fenómeno que obedece a un hecho real, guste o no. En el caso de Galicia, es la coexistencia del castellano, con todas las «bendiciones», y el idioma autóctono, que siglos de postergamiento no consiguieron erradicar. Ese peligro, pienso, será menor a medida que nuestro pueblo se conciencie del tesoro lingüístico que posee y que le da personalidad.

Dime, en el aspecto literario, ¿cuáles son tus proyectos más inmediatos?

Como cosa inmediata, «Edición do Castro» va a publicarme un libro de cuentos gallegos, prologado por el profesor Jesús Alonso Montero. Y en proyecto está la recopilación en libro de mis crónicas periodísticas, que se titularía *Cultura galega en Catalunya*. También pretendo publicar un libro de reportajes titulado *Vacacións en Galicia*, otro de semblanzas de cincuenta personas gallegas representativas de todos los estamentos de Barcelona y un libro de cuentos de mi aldea natal. Lo que hace falta es encontrar un editor.

En la actualidad, y en las mismas condiciones de trabajo, ¿regresarías a Galicia?

Retornar a Galicia, creo yo, es la meta de la inmensa mayoría de los gallegos. Pero para trabajar con rentabilidad, con seguridad de cara al futuro, sin estar a merced de sindicatos tributarios de partidos políticos. Los sindicatos deberían atender únicamente a lo puramente laboral, tener

presupuesto propio y ser independientes, como sucede en los países nórdicos o en Inglaterra. Tal vez el error mayor de estos últimos años sea la dependencia política de las centrales sindicales. Convengo con el profesor Alberto José Carro Igelmo cuando dice: «En España no se supo situar los sindicatos en su papel exacto».

Sinceramente, ¿cuál es hoy tu mayor ilusión?

Poder dedicarme a mi trabajo profesional en el Departamento de Personal de una empresa seria y compartir mis horas de ocio con la lectura y la creación literaria. No digo «vivir de la literatura gallega» porque, hoy por hoy, lo considero una utopía.